

SEMIÓTICA DEL DOLOR

DARÍO BOTERO URIBE*

RESUMEN

El dolor es una caja de resonancia que potencia o anula una vida y una obra creadora; es el crisol en el cual se prueba la naturaleza humana: el dolor puede acompañar un destino creador maravilloso, es el caso de Friedrich Nietzsche, Frida Kahlo y Stephen Hawking..., luego puede eventualmente ser una palanca del talento y de la creación. No obstante, el dolor humilla a tantos destinos pequeños, medianos e incluso grandes, que no lo podemos idealizar.

Palabras clave

Filosofía, semiótica, dolor, sensibilidad, símbolo, placer, psicoanálisis, terapéutica vitalista

ABSTRACT

Pain is a sounding board to power or cancels a life and a creative work, it is the crucible in which human nature is proved, the pain may accompany a wonderful destination creator it is the case of Friedrich Nietzsche, Frida Kahlo, Stephen Hawking ..., then it can possibly be a trigger for talent and creativity. However, pain so humiliates small, medium and large many destinations, we can not idealize it.

Keywords

Philosophy, semiotics, pain, sensitivity, symbolic, pleasure, psychoanalysis, therapeutic vitalist

* Profesor emérito y maestro de la Universidad de Colombia

El dolor en tanto signo y símbolo

La naturaleza parece expresar su sabiduría en el dolor. El dolor avisa, presagia, alerta, previene, señala... es un signo del estado de salud de un paciente para la medicina, pero también es un símbolo de la finitud para la filosofía; un símbolo temporal que nos convoca a pensar en el sentido de la vida; en un proyecto vital en el cual cada individuo puede crear el sentido. El dolor funge como una brújula que nos orienta sobre la manera de emplear la energía vital, sabiendo que cada paso tiene un costo en una economía de la vida. Nos duele la enfermedad, el infortunio, la tragedia, la frustración; el dolor no duele; el dolor es apenas una señal; es adjetivo; el sustantivo es la causa dolorosa. El dolor es odioso porque es el mensajero que nos informa del daño, de la carencia, de la limitación, del insuceso... El dolor lastima la sensibilidad con un mensaje preocupante. El dolor puede ser somático, pero es siempre psíquico. Nietzsche pensó en un momento del desarrollo de la sífilis en su cuerpo, el cual era igualmente un momento de creación intelectual, que la voluntad de poder podría sobreponer los intereses brillantes de la creación a los mezquinos y turbios de la enfermedad. Ésta no obstante, continuó hasta la demencia, pero la inmensa fuerza creadora siguió su curso hasta el término. No, no hay final para un creador; su energía lúcida sigue fluyendo hasta que el cuerpo resista. Una obra creadora se interrumpe, no termina.

El placer parece ser la alternativa del dolor. Epicuro eliminó el estado intermedio entre placer y dolor; el placer sería simplemente la ausencia del dolor. La *hedone* (el placer) configuraría más bien la huida del dolor. La concepción epicúrea tan moderada del placer puede ser expresada como la alegría de vivir. Epicuro la ejercía en su jardín de Atenas, en el cual practicaba la amistad, enseñaba y compartía los frutos de su huerto con los amigos. ¿Por qué razón un pensador y un hombre venerable fue objeto del odio de estoicos y cristianos? Es algo muy sorprendente, que sólo puede explicarse como el resultado del moralismo contra una concepción dionisiaca de la vida. El hecho de que el dolor sea psíquico, nos enseña en primer lugar que es pluridimensional: somático, ético, afectivo, de obstáculos a la realización personal; y en segundo lugar que el dolor puede ser tratado psicológica y psicoanalíticamente. Con una terapia psíquica el dolor probablemente no desaparece, pero puede ser comprendido, remitido a su causalidad, menudado. Deberá ser tratado en su etiología, pero también redimensionado. Si la estructura de la consciencia (conocimiento) es lingüística, como piensa Yuri M. Lotman, y la estructura de la conciencia ética es experiencia de vida reflexionada (no-razón, en mi concepción), el dolor aparece como una supraconciencia porosa que aturde al significante, o que quiere negarle su derecho a deslizarse fluidamente por el habla o enredarse en los vericuetos del discurso. Si el hombre es un ser de discurso, el dolor debe ser combatido

como un obstáculo lógico y epistemológico, que puede llegar cuando se hace más intenso a perturbar la lucidez, y más allá a bloquear el ser.

El dolor es una caja de resonancia que potencia o anula una vida y una obra creadora; es el crisol en el cual se prueba la naturaleza humana: el dolor puede acompañar un destino creador maravilloso, es el caso de Friedrich Nietzsche, Frida Kahlo y Stephen Hawking... luego puede eventualmente ser una palanca del talento y de la creación. No obstante, el dolor humilla a tantos destinos pequeños, medianos e incluso grandes, que no lo podemos idealizar.

El dolor frente a la razón y a la no-razón

El dolor es no-razón: sentimiento, perturbación funcional, tristeza, arma punzante que hiere la sensibilidad; puede ser un duelo, una consciencia de fracaso, una ruptura amorosa, una falla orgánica... El dolor no es comprendido por la razón que apenas lo vislumbra como dañino y perturbador. Presagio, vaticinio, duelo, fracaso, frustración, ajuste de cuentas o indicio de la transformación vital. La no-razón comprende el dolor desde la vida anímica, desde la experiencia de vida, desde el impacto emocional en la personalidad, desde las consecuencias para la vida práctica. Así, un artista que opera con emociones, formas, colores, notas, significantes; con pulsiones, sueños, utopías; con valores creativos, puede eventualmente calibrar el dolor, subli-

marlo en fuerza creativa; ciertamente esto podría darse en alguna medida, sobre todo no permitir que el dolor inhiba la energía vital y ante todo el impulso creador. Puede apelar a la catarsis como una forma artística de suscitar una descarga afectiva para liberarse de todos los sentimientos depresivos concurrentes con el dolor. El arte no vence el dolor, pero puede seducirlo, incorporarlo a la creación como un desafío estético. El dolor afecta la fase anímica: una personalidad integrada, con un proyecto de vida está más preparada para resistir el dolor, que una personalidad difusa, desarticulada. Cuando el dolor físico, ético, pasional o que obstaculiza la realización personal es persistente y fulminante deviene soberano; pero en tanto no se alcanza ese punto, la semiótica del dolor puede ser enfrentada con una terapéutica desde cada organismo y desde cada psique. La razón sólo estudia el dolor por las consecuencias en el proceso productivo en la vida social; puede explicarlo como morbilidad, pero es incapaz de penetrar en su comparación para experimentarlo en la sensibilidad.

La no-razón, esa dimensión fundamental que testimonia la pluridimensionalidad humana, que tanta falta hacía a la filosofía occidental, hace su aparición con el Vitalismo Cósmico para pensar las dimensiones inéditas del ser humano no admitidas, no valoradas hasta ahora. El hombre como ese ser de posibles, que la civilización occidental no reconoce, porque sólo valora al hombre en el trabajo y la produc-

ción. Es necesario abrirse a una semiósis que nos permita comprender temas como el dolor, el deseo, la pasión, la creatividad... no para la empresa unilateral y limitativa que rige hoy la educación de masas sino para reflexionar sobre la psique y el ámbito psicosocial. Desde la no-razón, el dolor puede mirarse no como un signo aislado sino dentro de una semiótica compleja como el registro de la personalidad o como la ecología corporal. Para no llevar el argumento al absurdo, hay necesidad de excluir algún tipo de dolores físicos. En una concepción amplia, la semiósis del dolor puede comprenderse y manejarse como un problema psicosomático que revela una determinada relación de cada individuo con una concepción ambiental de la vida. La armonía o desarmonía de la personalidad humana con el mundo. El dolor de causa preponderantemente psíquica muestra un desajuste entre el individuo y su mundo por razones muy diversas, que pueden tener origen en el individuo mismo, en el medio o en el tipo de relaciones sociales predominante; se da siempre una multicausalidad, en la cual pueden encontrarse causas ajenas a la actividad del individuo; es el origen trágico de la vida, el quedar atrapados en unas redes que no merecemos.

Cuando el dolor tiene origen en la transnaturaleza (socialidad, cultura, disciplina, formación, discriminación, etc.) siempre podemos remitirlo a valores políticos; pero cuando se trata de diferencias que tienen origen natural, se aplica el silencio o se conjetura so-

bre poderes metacósmicos. Evidentemente el proceso natural muchas veces es originado por la ligereza o la irresponsabilidad humana; la falta de previsión en procesos como la gestación, o en usos y costumbres perniciosos; pero tantas otras veces la naturaleza genera un resultado desconcertante. ¿En cuántas ocasiones lo imprevisible es la consecuencia de un fenómeno vital? El azar como en la selección natural se impone. El azar no sólo rompe la causalidad del proceso genético sino que la ciencia ignora cómo opera el azar, qué “designios” biológicos se propone un mutante. Naturalmente la inquietud está mal formulada porque la naturaleza no tiene propósitos ni fines. La naturaleza dota física y psíquicamente de manera muy diferente a los humanos. Algunas veces puede conjeturarse el por qué; pero muchas más no sabemos qué “arbitrio” ha usado la naturaleza para cumplir un proceso determinado.

La teratología es una fuente de dolor muy intensa. La naturaleza genera monstruos, de los cuales a veces se ocupa la literatura. Gregorio Samsa, en la *Metamorfosis* de Kafka; el Drácula de Stoker, el gato negro de Poe, o el fabricado por el hombre, el Frankenstein de Mary W. Shelly. El monstruo genera un dolor que trasciende al grupo familiar e incluso a la sociedad. La ficción toma el monstruo para enseñarnos algo portentoso: el monstruo está condenado a rehuir la condición humana, pero lucha por ser aceptado. No sólo la razón produce monstruos como pensaba Kant, también la naturaleza.

Es muy notable la obra de Frida Kahlo. Podría llamarse el arte del dolor. La iconografía muy variada: imágenes humanas, casi siempre de la misma Frida, con las más diversas técnicas y enfoques, se combinan con animales y plantas en una comunidad biodiversa fantástica. Su tema es el dolor. Su obra es autobiográfica; a este respecto una agonía permanente pura que servía de acicate a su fuerza creadora. La simbología ausculta siempre su arraigo en la tierra, un andamiaje cósmico que se delecta en formas, en colores, en diseños y composiciones. Su destino creador, una obra signada por la originalidad, el examen de un cuerpo maltrecho, que sufrió las más terribles laceraciones, pero que transmuta la experiencia de vida y realiza una transferencia de su mente y su cuerpo a la otra Frida, a la de sus cuadros. Frida logró poner su imagen rediviva con caracteres intemporales.

Su biógrafa Hayden Herrera, escribe: “En la venadita Frida se presenta a sí misma con el cuerpo de un joven venado y con su propia cabeza coronada con astas. Al igual que Frida, el venado es presa del sufrimiento. Con nueve flechas clavadas, mira al observador desde un claro del bosque. Aunque el cielo de tormenta, iluminado por relámpagos a la distancia está, tal y como lo indica el poema de Frida, “resplandeciente”, sabemos que el venado nunca llegará al mar. Un significado de la palabra “carma”, que aparece en la esquina inferior izquierda de la pin-

tura, en destino, y al igual que en la mayoría de sus autorretratos, Frida se presenta a sí misma como incapaz de cambiar su destino”¹.

La pintura de Frida Kahlo es psicobiográfica, puede utilizarse no sólo para comprender la evolución de su obra sino también para percibir su estado de ánimo y el curso de su enfermedad. Pocas veces la vida y la obra de un artista estaban fundidas de una manera tan sólida. En cambio Nietzsche fue encubierto. Su obra es alegre; si un lector desconoce la biografía, podría pensar que quien escribió los textos que él firmó, habría sido un hombre vigoroso y sano. Nietzsche fue un asceta, en tanto sufría intensamente, escribía con una voluntad de poder que no reconocía la fuerza intimidante y limitante de la enfermedad. Casi ciego y con la sífilis en ascenso, en una época en que no había cura, escribía o dictaba sin un desmayo. Es curioso que frente a la enfermedad y el dolor, la actitud nietzscheana era más estoica que epicúrea, pese a que su concepción dionisiaca de la vida lo hacía más próximo a Epicuro que a Séneca.

Una terapéutica vitalista

No hay cura para el dolor. La lucha contra el dolor es una epopeya grandiosa, a sabiendas de que nunca podrá ser derrotado completamente. La ciencia, el arte y una concepción ambiental y dionisiaca de la vida deben combatir el dolor. El dolor puede limitar-

¹ Hayden Herrera: “Frida Kahlo. Las pinturas”. México, Editorial Diana, pp. 88 y ss.

se, paliarse. Los vitalistas no jugamos al pesimismo ni al optimismo, queremos remover los obstáculos de la vida, para que fluya briosa, alegre, cuando sea posible; vigorosa y creadora, siempre. El dolor es una impronta de la condición humana, pero no podemos sobrevalorarlo; también la alegría es una nota definitoria del ser humano. A escala de un individuo, en muchos casos puede fundarse el pesimismo; pero a escala humana la filosofía debe fomentar la alegría y combatir el dolor, aun a sabiendas que uno y otro son momentos recurrentes que vuelven cuando menos lo esperamos. Frente al dolor se puede ser estoico o epicúreo, spinozista o kantiano, nietzscheano o shopenhaueriano, freudiano o victoriano, optimista o pesimista, ético o moralista, vitalista o cristiano.

Una civilización como la occidental de la Modernidad tardía que destruye los ecosistemas, arrasa la vida, genera la muerte del arte, envilece la vida intelectual en tanto se solaza con el dios dinero, no tiene nada que oponer a ese monstruo proteico, que se enseñoreó del mundo. El dolor es la medida de la enfermedad, del desamor, de la deshumanización, de la pobreza, del terrorismo y el antiterrorismo, del fundamentalismo... El dolor sigue adquiriendo volumen en la acción humana; sólo de cuando en cuando saludamos la vida con una sonrisa, pero sólo podemos esperar que el próximo momento la desdibuje. Es una paradoja que se dé una relación directamente proporcional entre el aumento del conocimiento (ciencia y tecnología) y el

crecimiento de la pobreza, de la deshumanización y el dolor. Esta es una acusación contra la civilización occidental y sus proyecciones en América Latina y en otras partes del mundo. Es una civilización del egoísmo, de la simulación y la muerte. No sólo en la naturaleza, también en el orden psicosocial se está destruyendo la vida.

En tanto algunas filosofías y proyectos políticos proponen cambiar la sociedad, el Vitalismo Cósmico propone cambiar la vida. No se trata de un mero cambio de estructura económica y social sino además de construir unas comunidades de vida que se integren en la comunidad-estado vitalista, en la cual el poder pasa del estado a las comunidades de vida, las cuales configuran una democracia directa. Las comunidades de vida implican un largo proceso de construcción, periodo durante el cual se produce un fenómeno de cambio de la consciencia, de la responsabilidad, de la solidaridad, de la convivencia, de la paz, es decir un cambio subjetivo. Este proceso más o menos generalizado podría lograrse mediante la educación y autoeducación de los individuos, el cambio de valores, la abolición de la miseria y simultáneamente el avance del orden comunitario. El cambio sólo es posible si los dos procesos se llevan simultánea y articuladamente. Así se potencia al individuo, su creatividad y prevalecen los intereses sociales en el orden comunitario. Si se da una asimetría no es posible lograr el cambio del orden de la vida. América Latina debe volver sobre los 30.000 años de historia, re-

flexionar sobre su pasado, sus logros, sus errores, sus luchas, lo que ha conseguido y lo que ha perdido; siglos de humillación, de ultraje y explotación de los nativos de este continente tiene que enseñarnos que el dolor largamente sufrido y reflexionado es también una sabiduría. Aun cuando parecen en este momento cerrarse todos los canales para el pensamiento crítico, es una aporía, pero tal vez nunca el porvenir ha

dependido tanto de un pensamiento profundo, sin compromisos, que examine críticamente la perspectiva de esta civilización.

Así como la libertad depende del orden social; el dolor puede ser modificado gradualmente en una escala social, aun cuando ciertamente en tanto valor absoluto es inseparable de la condición humana.